

La inteligencia y el socialismo

L. Trotsky

Artículo a propósito del libro de Max Adler Socialismus und Intellektuellen (Viena, 1910), publicado en la revista Sovremienni Mir en 1910 por Trotsky.

Hace diez, e incluso seis o siete años, los partidarios de la escuela sociológica subjetiva rusa (los “socialistas revolucionarios”) habrían podido emplear con resultados satisfactorios para su causa el último folleto del filósofo austríaco Max Adler. Pero en los últimos cinco o seis años hemos vivido una “escuela sociológico” tan sólidamente objetiva y sus lecciones han marcado nuestro cuerpo con cicatrices tan expresivas, que ni la exaltación más elocuente de la inteligencia, aunque proceda de la pluma “marxista” de Max Adler, puede salvar al subjetivismo ruso. Todo lo contrario: el mismo destino de los subjetivistas rusos es un argumento de primera clase contra los argumentos y deducciones de Max Adler.

Tema del folleto: las relaciones entre la inteligencia y el socialismo. Para Adler este tema es materia de análisis teórico y además un problema de conciencia. Pretende convencer. En ese folleto, cuyo origen fue un discurso para un auditorio de estudiantes socialistas, Adler gasta una convicción fogosa. Su espíritu de proselitismo inunda el folleto, imprimiendo un sello particular incluso a ideas que ni siquiera pueden pretender el marchamo de novedad. El afán político por atraer la inteligencia a la ideología del autor, de conquistarla para el socialismo cueste

lo que cueste, predomina sobre el análisis social, comunicando al folleto un tono peculiar y determinando sus partes débiles.

¿Qué es la inteligencia? Adler no da, por supuesto, una definición moral de este concepto, sino social; según él no se trata de una orden cuya cohesión arranque de la unidad de un voto histórico, sino de una capa social que comprende todos los géneros de profesiones intelectuales. Por difícil que sea trazar la línea divisoria nítidamente entre trabajo “manual” e “intelectual” los rasgos sociales generales de la inteligencia aparecen claros sin necesidad de posteriores investigaciones detalladas. Estamos ante toda una clase -para Adler, ante un grupo “interclasista”, aunque en esencia esto dé igual- en el marco de la sociedad burguesa. Y Adler se plantea así el problema: ¿Quién o qué tiene más derecho al alma de esta clase? ¿Qué ideología le corresponde obligatoriamente, en virtud de] carácter mismo de sus funciones sociales? Adler responde que el colectivismo. Pero la inteligencia europea en el mejor de los casos, cuando no es abiertamente enemiga de las ideas del colectivismo, se mantiene al margen de la vida de las masas obreras y de sus luchas, que no le producen ni frío ni calor. Adler no cierra los ojos ante estos hechos, pero exclama: ¡No puede ser! No hay suficientes fundamentos objetivos para que sea así. Adler arremete de forma decidida contra los marxistas que niegan la existencia de condiciones generales capaces de determinar la afluencia masiva de los intelectuales al socialismo. En el prólogo escribe: “Hay causas suficientes -no puramente económicas, sino en otras esferas- que pueden influir en la masa de la inteligencia, es decir, independientemente de su situación vitalmente proletaria, como motivaciones idóneas para vincularlas al movimiento obrero socialista. Sólo es preciso iniciar a la inteligencia en la esencia de este movimiento y de su propia situación social...” ¿Cuáles son esas causas? Adler dice: “Dado que la inteligencia incluye entre sus condiciones vitales la intangibilidad y, más aún,

la posibilidad de desarrollo de los intereses espirituales, el interés teórico tiene una importancia capital, al lado del económico. Por eso, si la base de unión de la inteligencia con el socialismo hay que buscarla sobre todo fuera de la esfera económica, es tanto por las condiciones ideológicas específicas del trabajo intelectual como por el contenido cultural del socialismo". Independientemente del carácter de clase de todo el movimiento (¡puesto que sólo éste es el camino!), con independencia de su actual fisonomía político-partidaria (¡puesto que sólo éste es el medio!), el socialismo, por su propia esencia, como ideal social universal, significa la liberación de toda suerte de trabajo intelectual cualesquiera que sean las limitaciones y los obstáculos histórico-sociales. Esta promesa es el puente ideológico por el que la inteligencia europea puede y debe pasar al campo socialdemócrata.

Ese es el punto de vista central de Adler, que dedica el folleto entero a desarrollarlo. El vicio esencial de esta óptica se ve en seguida: su ahistoricidad. En efecto, las bases generales en que se apoya Adler para marcar el paso de la inteligencia al campo del colectivismo existen hace tiempo y actúan tenazmente. Sin embargo, en ninguno de los países europeos se produce esa afluencia masiva de la inteligencia a la socialdemocracia. Por supuesto, Adler lo ve con igual claridad que nosotros. Pero él nos propone que veamos la razón por la que la inteligencia permanece totalmente ajena al movimiento obrero: que la inteligencia no comprende el socialismo. Y en cierto sentido tiene razón. Pero en ese caso, ¿cómo podemos explicarnos esa terca incomprensión y a un mismo tiempo la comprensión de otras muchas cosas sumamente complejas? La cosa está clara: no se debe a la debilidad de la lógica teórica de la inteligencia, sino a la fuerza de los momentos irracionales de su psicología clasista. El mismo Adler lo apunta y el capítulo "Los límites burgueses de la comprensión" es uno de los mejores del

folleto. Pero considera, tiene la esperanza, está convencido -y en esto el predicador se superpone al teórico que la socialdemocracia europea terminará venciendo los momentos irracionales de la psicología de los trabajadores intelectuales cuando reestructure la lógica de las llamadas que les dirige. La inteligencia no comprende al socialismo porque éste, día a día, se presenta ante ella con su prosaica fisonomía de partido político, de uno más entre tantos otros. Si el socialismo le presentara su auténtica faz como movimiento cultural universal, la inteligencia no podría dejar de reconocer en él sus esperanzas y aspiraciones mejores. Esto es lo que supone Adler.

No vamos a examinar por el momento si en realidad son, para la inteligencia como clase, más poderosas las puras exigencias culturales (desarrollo de la técnica, de la ciencia, del arte) que las sugerencias de clase de la familia, la escuela, la iglesia, el estado y, por último, que la voz de las inclinaciones lucrativas. Pero aun admitiendo bajo condición que la inteligencia es ante todo una corporación de sacerdotes de la cultura que simplemente no han sabido comprender hasta el día de hoy que la ruptura socialista con la sociedad burguesa es el mejor modo de servir a los intereses de la cultura, admitiéndolo queda en pie con toda su fuerza el siguiente problema: ¿es capaz la socialdemocracia europea, como Partido, de proponer a la inteligencia en el aspecto teórico y moral algo más demostrativo o más sugerente que lo que hasta ahora ha ofrecido?

El colectivismo viene desde hace varios decenios llenando el mundo entero con el fragor de su lucha. En este tiempo, millones de obreros se han organizado en agrupaciones políticas, sindicales, cooperativas, etc. Toda una clase se alzó desde el fondo de su existencia e interrumpió en el santuario más sagrado, la política, considerada hasta entonces como derecho exclusivo de las clases poseedoras. Día a día, la prensa socialista -teórica, política, sindical- revisa los valores burgueses, tanto los

grandes como los pequeños, desde la óptica de un mundo nuevo; no hay cuestión alguna de la vida social (matrimonio, familia, educación, escuela, iglesia, ejército, patriotismo, sanidad pública, prostitución) sobre la que el socialismo no haya enfrentado sus concepciones a las concepciones de la sociedad burguesa. El socialismo se expresa en todos los idiomas de la Humanidad civilizada. En sus filas trabajan y luchan personas de distinta formación intelectual de temperamentos distintos" de distinto pasado, con relaciones sociales y costumbres vitales también distintos. Y si, pese a todo, la inteligencia "no comprende" al socialismo, si todo lo anterior no basta para darle la posibilidad de infundirle la decisión de comprender el significado histórico-cultural del movimiento mundial, ¿no debemos llegar a la conclusión de que las causas de tal incomprensión fatal tienen que ser muy profundas y que es engañarse el intento de superarlas mediante argumentos teóricos?

Esta idea aparece con mayor nitidez a la luz de la historia. La afluencia mayor de intelectuales al socialismo tuvo lugar en la primera fase de la existencia del Partido, cuando se encontraba aún en la infancia. Es lo que ocurrió en todos los países europeos. Esta primera oleada trajo consigo los teóricos y políticos más eminentes de la Internacional. Cuanto más creció la socialdemocracia europea, cuando más se agruparon las masas obreras a su alrededor, con tanta mayor debilidad -de manera tanto absoluta como relativa- se produjo el flujo de elementos frescos de la inteligencia. Leipziger Volkszeitung buscó en vano, durante mucho tiempo, mediante anuncios en los periódicos, un redactor con títulos académicos. De lo que se deduce la siguiente conclusión que se opone al pensamiento de Adler: cuanto más definidamente exteriorizó el socialismo su contenido, cuando más accesible se hizo para todos y cada uno la comprensión de su misión histórica, tanto más decididamente se apartó la inteligencia de él. Ello no quiere decir que el socialismo

la asustó por sí mismo; en cualquier caso, resulta evidente que en los países capitalistas europeos se tuvieron que producir determinados cambios sociales profundos que dificultaron tanto la confraternización de académicos y obreros como facilitaron la comunión de los obreros con el socialismo.

¿De qué clase fueron estos cambios?

Del seno del proletario llegaron Y siguen llegando a la socialdemocracia individuos, grupos y capas, los más inteligentes. El crecimiento de la industria y el transporte no hace sino acelerar el proceso. Con la inteligencia se produce un fenómeno de orden distinto. El fuerte desarrollo capitalista de los últimos decenios obtiene para sí los mejores elementos de esa clase. Las fuerzas intelectuales mejor dotadas, aquellas que poseen imaginación e iniciativa, son absorbidas de forma irreversible por la industria capitalista -monopolios, empresas ferroviarias, bancos-, que pagan el trabajo organizativo con sumas escandalosas. Incluso para el servicio del Estado sólo quedan personas de segunda categoría; de ahí que las oficinas, gubernamentales, al igual que las redacciones de periódicos de todas las tendencias, se quejen de insuficiencia de "personal". Sólo quedan los representantes de la inteligencia semiproletaria, siempre en aumento, que no puede escapar a una existencia eternamente dependiente, e insegura en el terreno material. Como en la gran maquinaria de la cultura realizan funciones parciales, secundarias y poco atractivas, esos intereses culturales puros que Adler menciona no tienen sobre ellos imperio suficiente como para inducir por sí solos sus simpatías políticas hacia el socialismo.

A todo esto se añade la circunstancia de que para el intelectual europeo, cuyo paso ideológico al campo socialista no está excluido, apenas existen esperanzas de ejercer una influencia personal en las filas del proletariado. Cuestión que

tiene una relevancia importante. El obrero pasa al socialismo como partícula de la totalidad, al lado de su clase, de la que no puede salir. Se da en él entonces una satisfacción por su vinculación moral con la masa, vínculo que le hace más fuerte y seguro de sí mismo. El intelectual se adhiere al socialismo rompiendo su cordón umbilical de clase -se adhiere como individuo, como persona- e inevitablemente busca ejercer un ascendiente personal. Tropieza entonces con obstáculos que irán aumentando con el tiempo. En la actualidad cada neófito encuentra construido en los países de Europa occidental el colosal edificio de la democracia obrera. Miles de obreros, segregados automáticamente por su clase, constituyen un aparato compacto, a cuya cabeza están veteranos meritorios, autoridades reconocidas, jefes de fila que son ya históricos. Sólo una persona excepcionalmente dotada puede esperar en estas condiciones la conquista de un puesto dirigente; y ese individuo, en lugar de saltar por sobre el abismo de un campamento que le resulta extraño, seguirá naturalmente la línea de la menor resistencia, que le lleva al reino de la industria o al servicio del Estado. Por eso en la actualidad existe una especie de barrera entre la inteligencia y el socialismo; a todo ello se suma además el mismo aparato de la organización socialdemócrata que provoca contra él el descontento de la inteligencia teñida de socialismo -de la que exige disciplina y autolimitación-, bien por su "oportunismo", bien, por el contrario, por su excesivo "radicalismo", condenándole al papel de espectador inconformista cuyas simpatías oscilan entre el anarquismo y el nacional-liberalismo. Simplicissimus es su bandera ideológica suprema. El fenómeno, con variantes y grados diversos, se repite en todos los países europeos. Por otro lado, es un público excesivamente caprichoso, e incluso podría decirse que excesivamente cínico, como para que el esclarecimiento patético de la esencia cultural del socialismo pueda conquistar su alma.

Solamente unos pocos “ideólogos” -y tomo este término en el sentido bueno y en el malo- son capaces de alcanzar las convicciones socialistas llevados por el pensamiento teórico puro y partiendo de las exigencias científicas o técnicas. E incluso éstos, por regla general, no ingresan en la socialdemocracia, permaneciendo la lucha de clases del proletariado en su conexión interna con el socialismo como un libro guardado bajo siete llaves.

Adler está en lo cierto cuando afirma que no se puede atraer a la inteligencia al colectivismo con el programa de las reivindicaciones materiales inmediatas. Lo cual no significa que no sea posible atraer a la inteligencia en su conjunto por algún otro medio, ni tampoco que los intereses materiales inmediatos y las conexiones clasistas de la inteligencia no puedan resultar para ella más convincentes que todas las perspectivas histórico-culturales del socialismo.

Si dejamos a un lado la capa de la inteligencia que sirve directamente a las masas obreras -médicos de los medios obreros, abogados laboristas, etc., que por lo general son los representantes menos sobresalientes de estas profesiones-, la parte más relevante e influyente de la inteligencia vive a cuenta del beneficio industrial, de la renta agraria y del presupuesto del Estado, en situación de subordinación directa o indirecta de las clases capitalistas o del Estado capitalista. Esta dependencia material, en abstracto, sólo excluye la acción política combativo en las filas enemigas, sin excluir siquiera la libertad espiritual respecto a la clase de los esclavizadores. Pero en la práctica no ocurre así. Precisamente el carácter “espiritual” del trabajo de la inteligencia crea inevitablemente vínculos espirituales entre ella y la clase poseedora. Los directores de fábrica y los ingenieros que asumen obligaciones administrativas se encuentran por necesidad en permanente enfrentamiento con los obreros, contra los cuales se ven obligados a defender los intereses del capital.

Es evidente que sus emociones y concepciones terminan por adaptarse a tales funciones. El médico y el abogado, pese al carácter más independiente de su trabajo, necesitan el contacto psicológico con su clientela. Si un montador puede, día tras día, instalar líneas eléctricas en las habitaciones de los ministros, de los banqueros y sus queridas, y seguir siendo el mismo, no es ése el caso del médico, que tiene que encontrar en su alma y en su voz notas que entonen con las simpatías y costumbres de los ministros, de los banqueros y de sus queridas. Y este contacto no se produce sólo en las altas esferas de la sociedad burguesa. Las sufragistas londinenses cuando requieren a un abogado para que las defiendan, le invitan a que sea sufragista. El médico que trata a las familias de los oficiales de Berlín, o a los tenderos "socialcristianos" de Viena, el abogado que gestiona los asuntos de sus padres, hermanos y parientes no puede permitirse fácilmente el lujo de interesarse por los proyectos culturales del colectivismo. Todo esto puede decirse igualmente de escritores, pintores, escultores, artistas de manera aunque no tan directa e inmediata sí inevitable. Ofrecen al público sus producciones o sus personas y dependen de su aprobación y de su bolsa; en forma abierta o enmascarada subordinan su creación al "gran monstruo" al que desprecian: la burguesía. El destino de los jóvenes alemanes -que, entre paréntesis, están todos calvos ya- es la prueba mejor. El caso de Gorki, explicable por las condiciones de la época que fueron quienes le educaron, es la excepción que confirma la regla: la incapacidad de Gorki para adaptarse a la degeneración antirrevolucionaria de la inteligencia le privó de su "popularidad" en corto plazo de tiempo...

Aquí: tenemos de nuevo la profunda diferencia social entre las condiciones del trabajo manual y las del intelectual. El trabajo manual esclaviza los músculos, agota el cuerpo y, sin embargo, es incapaz para someter el pensamiento del obrero. Tanto en Suiza como en Rusia, las medidas de control sobre él ejercidas

resultaron ineficaces. El trabajador intelectual, en cambio, es más libre físicamente. El escritor no está obligado a levantarse a toque de sirena, ni el médico tiene un vigilante a sus espaldas, ni los bolsillos del abogado son registrados a la salida del Tribunal. Si no tienen que vender su fuerza bruta de trabajo, la tensión de sus músculos, se ven, en cambio, obligados a vender toda personalidad humana a través de la conciencia, no del temor. En fin, ellos mismos no quieren, ni pueden, reconocer que su frac profesional no es más que un traje de presidiario bien cortado.

En última instancia parece que ni el propio Adler está contento con su fórmula abstracta -y en el fondo idealista- de la relajación recíproca entre inteligencia y socialismo. No se dirige en sustancia en su propaganda a la clase de trabajadores intelectuales que desempeñan determinadas funciones en la sociedad capitalista, sino a la generación joven de esa clase, que se encuentra en la fase de preparación para el futuro papel, al estudiantado. Así lo corrobora además de la dedicatoria de su librito a la "Unión libre de los estudiantes socialistas de Viena", el carácter mismo de este folleto-discurso, su tono patético, agitador y predicador. No tiene sentido tampoco semejante discurso ante un auditorio de profesores, abogados, escritores, médicos... Se le atragantaría desde las primeras palabras. Por eso, el propio Adler, en función del material humano con el que tiene que trabajar, limita su tarea (el político corrige la fórmula de teórico), en fin, se trata de una lucha para influir en el estudiantado.

La Universidad es la última fase de la educación estatalmente organizada de los hijos de la clase poseedoras y dominantes, de igual modo que el cuartel es la institución educativa final de la generación joven de obreros y campesinos. El cuartel educa las costumbres psicológicas de subordinación y disciplina necesarios para las funciones sociales propias de los mandos subalternos. La Universidad, en principio, prepara para

funciones de administración, dirección y poder. Desde este punto de vista incluso las corporaciones estudiantiles alemanas conforman una institución clasista original, creadora de tradiciones que vinculan a padres e hijos, fortalecen el espíritu nacionalista, inculcan costumbres necesarias en el medio burgués y abastecen en última instancia de cicatrices en la nariz o debajo de la oreja como señal de adscripción a la raza dominante. Para el partido de Adler el material humano que pasa por el cuartel es incomparablemente más importante que el que pasa por la Universidad, es comprensible. Pero en determinadas condiciones históricas -precisamente en las condiciones de rápido desarrollo industrial que proletariza la composición del ejército, como ocurre en Alemania- el Partido aún puede decirse: "No me meto en el cuartel; basta con que acompañe al joven obrero hasta el umbral y con recibirlo cuando lo cruce de nuevo licenciado. No me abandonará, será mío". Por lo que a la Universidad respecta, el Partido, si quiere realizar una labor propia que influya en la inteligencia, tiene que decirse exactamente lo contrario: "Sólo aquí y ahora, cuando el joven se halla emancipado hasta cierto punto de su familia y cuando todavía no es prisionero de su situación social, puedo esperar atraerle a mis filas. Ahora o nunca."

En la clase obrera la diferencia entre "padres" e "hijos" es simplemente de edad. En la inteligencia, además de cronológica es social. El estudiante, en contraste con su padre y también con el joven obrero, no cumple función social alguna, ni siente sobre él la dependencia inmediata del capital o del estado y -por lo menos objetivamente, ya que no subjetivamente- es libre para discernir el bien del mal. En este período todo hierve en él, sus prejuicios clasistas aún no están madurados ni tampoco sus inclinaciones ideológicas, los problemas de conciencia poseen especial fuerza, su pensamiento se abre por vez primera a grandes generalizaciones científicas y lo extraordinario es para él

casi una necesidad fisiológica. Si el colectivismo es por regla general capaz de conquistar su conciencia, lo es ahora debido precisamente al noble carácter científico de su fundamentación y el contenido cultural universal de sus objetivos, y no como cuestión prosaica de “cuchillo y tenedor”. En este último punto, Adler está en lo cierto.

Pero también aquí tenemos que detenernos una vez más ante los hechos escuetos. No sólo la inteligencia europea en su conjunto, también su brote estudiantil muestra decididamente ninguna inclinación por el socialismo. Entre el partido obrero y la masa estudiantil hay un muro. Explicar semejante hecho sólo por los defectos de la propaganda, que no sabe abordar a la inteligencia por el lado idóneo -Adler se pierde en esta explicación-, equivale a ignorar toda la historia de las relaciones entre estudiantado y “pueblo”, equivale a ver en el estudiantado una categoría intelectual y moral, y no un producto histórico-social. Cierto que la dependencia material de la sociedad burguesa se expresa en el estudiantado sólo de manera indirecta, a través de la familia, y por eso débilmente. Pero, en cambio, en el estudiantado se reflejan, igual que en una cámara de resonancia, a todo volumen los intereses y aspiraciones sociales generales de las clases entre las que es reclutado. En el curso de su historia, tanto en sus mejores momentos heroicos como en las fases de agonía moral completa, el estudiantado europeo no fue más que el barómetro sensible de las clases burguesas. Se hizo ultrarrevolucionario, confraternizó sincera y honradamente con el pueblo cuando la sociedad burguesa no tenía más salida que la, revolución. Sustituyó en la práctica a la democracia burguesa cuando la mezquindad política de ésta no la permitió ponerse a la cabeza de la revolución, como ocurrió en 1848 en Viena. Pero el estudiantado ametralló a los obreros en junio de ese año de 1848, en París, cuando la burguesía y el proletariado se encontraban enfrentados a un lado y otro de las

barricadas. Tras las guerras bismarkianas, de la unificación alemana y del apaciguamiento de las clases burguesas, el estudiante alemán se dio prisa en moldearse en esa figura rebosante de cerveza y vanidad que junto a la del oficial prusiano ilustra de forma permanente las páginas satíricas. En Austria el estudiantado se convirtió en representante del exclusivismo nacional y del chovinismo, cuando la lucha de las distintas naciones de este país por influir en el poder estatal se agudizó. Y no hay duda de que en todas estas metamorfosis históricas, incluso las más desagradables, el estudiantado puso de manifiesto sentido político, capacidad de sacrificio e ideales combativos; esas cualidades con las que tan enérgicamente cuenta Adler. Aunque sólo sea porque el filisteo normal de los años treinta y cuarenta no ponía en peligro la desfiguración de su rostro por lo problemática noción del “honor”, cosa a la que su hijo se lanzaba con pasión. Los estudiantes ucranianos y polacos demostraron recientemente en Lvov no sólo que saben coexistir con cada tendencia nacional y política hasta sus últimas consecuencias, sino ofrecer el pecho a las balas de las pistolas. El pasado año, los estudiantes alemanes de Praga arrostraron todas las violencias de la multitud, manifestándose por las calles para reforzar su derecho a tener corporaciones alemanas. En este caso el “idealismo” combativo -en muchos casos puro machismo- no es peculiar de la clase ni de la idea, sino de la edad. En cambio, el contenido político de ese idealismo viene determinado en su totalidad por el genio de las clases de que deriva el estudiantado y a las que vuelve. Lo cual es natural e inevitable.

Después de todo, puesto que todas las clases poseedoras envían a sus hijos a la Universidad, si el estudiantado se convirtiera aquí en tabla rasa, sobre la que el socialismo pudiera escribir sus títulos, ¿qué quedaría de la heredabilidad clasista y del pobre determinismo histórico?

Nos queda ahora esclarecer un aspecto del problema que habla tanto a favor como en contra de Adler.

En su opinión se puede atraer a la inteligencia al socialismo, pero sólo anteponiéndole como primer piano la meta final del movimiento en todas sus dimensiones. Adler reconoce, sin embargo, como es lógico, que la meta final aparece con mayor nitidez y en toda su extensión a medida que se realiza la concentración industrial, la proletarización de las capas intermedias, la profundización de los antagonismos de clase. Independientemente de la voluntad de los jefes políticos y de la diferente táctica nacional, la “meta final” aparece con mayor nitidez en Alemania que en Austria o en Italia. Pero este proceso social -la agudización de la lucha entre el trabajo y el capital- obstaculiza el paso de la inteligencia al Partido del trabajo. Los puentes entre las clases quedan destruidos y hay que saltar a través del foso que día a día se ahonda. Por eso al mismo tiempo que las condiciones que facilitan objetivamente la penetración teórica en la esencia del colectivismo, aumentan los obstáculos sociales para la unión política de la inteligencia con el ejército socialista. El paso al socialismo en los países avanzados, de intensa vida social, no es un fruto de la especulación, sino un acto político, y la voluntad social domina sobre la razón teórica. Lo cual significa que en última instancia cada día es más difícil ganar a la inteligencia; hoy es más difícil que ayer y mañana será más difícil que hoy.

Sin embargo, en este proceso también hay su “ruptura de continuidad”. La actitud de la inteligencia respecto al socialismo, que nosotros hemos caracterizado como alejamiento creciente a medida que crece el socialismo, puede y debe alterarse radicalmente como secuela de un giro político objetivo que altere de manera fundamental la correlación de fuerzas sociales. En cualquier caso, en las opiniones de Adler es cierto que la inteligencia no tiene interés, directo e incondicional, por la

conservación de la explotación capitalista, sino un interés indirecto, a través de las clases burguesas, dado que materialmente depende de éstas. Podría pasar al colectivismo si tuviera la posibilidad de contar con la verosimilitud de su victoria inmediata, si ante ella apareciera no como el ideal ajeno, de otra clase, sino como una realidad próxima, palpable; por último, y ésta no es la menor de las condiciones, si la ruptura política con la burguesía amenaza a cada intelectual con graves consecuencias materiales y morales. Para la inteligencia europea tales condiciones sólo pueden ser creadas por el poder político de la nueva clase social; de modo parcial pueden crearse en la fase de la lucha directa e inmediata por ese poder. Sea cual fuere el alejamiento de la inteligencia europea de las masas obreras -y este alejamiento irá aumentando, sobre todo en los países de capitalismo reciente, como Austria, Italia, los Balcanes, etc.-, resulta verosímil que en la época de la reestructuración social la inteligencia pase antes que otras clases intermedias a las filas de los partidarios del nuevo régimen. Prestarán así un gran servicio las cualidades sociales que la diferencia de la pequeña burguesía comercial, industrial y campesina; su conexión profesional con las ramas culturales del trabajo social, su capacidad para la generalización teórica, la flexibilidad y agilidad de su pensamiento, en resumen, su intelectividad. Situada ante el hecho ineluctable del paso de todo el aparato social a nuevas manos, la inteligencia europea sabrá convencerse de que las condiciones creadas no sólo no la lanzan al abismo, sino que, todo lo contrario, abren posibilidades ilimitadas a la aplicación de sus fuerzas técnicas, organizativas y científicas; de su seno sabrá sacar esas fuerzas incluso en el primer período, el más crítico, cuando el nuevo régimen tenga que vencer grandes dificultades técnicas, sociales y políticas.

Pero si la conquista misma del aparato social dependiera de la adhesión previa de la inteligencia al Partido del proletariado

europeo, las cosas no irían nada bien para el colectivismo. Como hemos tratado de demostrar, el paso de la inteligencia a la socialdemocracia en el marco del régimen burgués se hace cada vez menos posible, a medida que el tiempo pasa, frente a las esperanzas que Adler tiene.